

# Comienzos de historias

Escribe: ALFONSO HANSEN

Pero ¿podría haber sido que ellos estuvieran viendo que nunca habían sido? ¿O era solamente posible lo que pasaba? Teje, tejedor del viento. JAMES JOYCE, *Ulyses*.

— I —

Alguna vez medité en el asunto. Seguramente no dejaría de ser una tontería aquello de sentarse a relatar historias. Dejar desprevenidamente el mundo de las cosas reales y hundirse, con absoluta libertad, por entre tierras misteriosas de la imaginación. Parecería, acaso, más bien una muestra de irresponsabilidad. No poder guiarse aun bajo la propia cautela de la vida y de frente a las avaras sustracciones del horizonte. Poseso de la manía literaria, escudriñar; y ser un esclavo de apariencias revueltas. Alcancé, por entonces, a calcular que todo esto se debía a la dislocación de la existencia de uno con el exterior. Había leído algunas páginas de Nathaniel Hawthorne, en donde se trataba de hilvanar con las rodela previas de una moral la dispendiosa humanidad de unos cuantos personajes comunes. Pensé que solo el envencijado tiempo, convertido en una fijación, que el tiempo como la pura elaboración subjetiva del escritor, era aquello que nos ponía en contacto con el ollín histórico, es decir, con el extraño aroma de algo sujetado frenéticamente al mismo sitio. La leyenda de los sauces imperecederos, en el instante en el cual la retina del ojo expulsaba bajo su noche instantánea los tozudos objetos, nada me significaba si no era más que la vibrátil manera de comportarnos los hombres.

No se por qué me empecinaba en contraer mi propia naturaleza y en echar desde la macabra interioridad del cuerpo las raíces; disponerlas como tentáculos a donde llegasen los efluvios del contorno para absorber la sangre y convertirla en símbolos pasajeros, en signos o, cuando más, en gesticulaciones. Presentía estar moviéndome en el ambiente como una alga marina, hasta donde mínimas especies llegan a disociar la inercia. En lugar de asumirme como un ente activo y comunicativo, dispuesto a consumarse en el terroso ambiente, pretendí el júbilo de las fantasmagorías, de los círculos, de las torvas alucinaciones mentales.

Me senté a madurar la almendra, a concentrarla. Unos cuantos disturbios; la fragilidad de una filigrana que se endurecía al punto que se molecularizaba; el despavorido vientecillo que parecía en los odres celulares y la porfía de aquellos pequeñísimos puntos blancos de la conciencia constituían una especie de fragua contra mis vigiladas reservas. El símbolo verbal se aseveraba como el nexo mediante el cual buscaba y encontraba "una corroboración ajena" para mi subjetiva e insuficiente aprehensión del ser. Válgame el peligro, si detrás de aquellas entelequias no reverdecía ante mis ojos, con ese asustadizo verde de la encarnadura objetiva, las frías formas, las estelas, la infantería de raros coleópteros destilando gases nauseamógenos.

A primera instancia, "escribir" no presentaba ningún inconveniente. La totalidad se me ofrecía sin resistencia y dábanseme al cuerpo unos tales bríos con los que malabaraba inasiblemente las vocales. Hasta me olvidé del tieso plastrón encurbado a mi cuello y de las inútiles ligaduras de las prendas de oficio. Asociábame yo mismo, por así decirlo, con la atmósfera dúctil; pretermitíame una serie de respiros sucesivos, sin los cuales me hubiese sido imposible transitar y durar en la intensidad de esta pericia. La intención se apretujaba y se consistía como el aire de un balón, rastreando los glóbulos de sus conductos y esquilmando los vellos de la piel. "Escribir" implicaba al comienzo la racionalización de un fracaso: la historieta atragantada en la boca del estómago como una perdiz. Seditioso del gusto, con cierta febrilidad, oía rabiosamente los ruidejes, los seseos, los alborotos. El apresuramiento en una tendencia, cuyo ángulo no he podido descubrir en ninguno de mis hervores, obligábanme a enfocar el mundo a través de distorsiones, del mismo modo como podría determinarlo cualquier ente desafecto. Ello significaba que la posesión, que el impacto de la ritualidad entreverada en el vidrio esmeril, medio viscosa, aturdente y como si su forma factible se me bisturease en cada parpadeo, revenía la realidad consigo misma y la empleyaba apaciblemente.

Precisamente, hube de acercarme a la fuente del parquecillo, para describirla y poder originar de allí la tal leyenda. Unos surcos transformados esencialmente abrían la perspectiva del cielo y abarrotaban inocentemente los nubarrones. En tangente, las orillas de unos edificios delimitaban un marco disímil, a cuyo centro acudían los desechos menos apetecibles de la gran ciudad en busca de liberación de sus miasmas.

Era "escribir", latamente. Discenir en aquellas membranas las partículas, a fin de someterlas a la escabrosa minuciosidad de la pluma.

## — II —

Algo así como la lentitud. Claro que no habría necesitado más de quince minutos para sumergirse en el estado de sopor. Caminaba menos rápido que la pobre gata hambrienta de la noche de los girasoles. Y, por el momento, no se divisaba en el camino el torreón carmelita, ni la ceiba, ni siquiera la montaña con aquella forma de nariz.

La luna escanciaba contra el hondón de las piedras azules los últimos humos de sus retozos noctívagos. Y la pajiza de unos árboles, los cantos de maravedíes lejanos y el hastío en forma de remolinos se integraban uniformemente.

Nada que no fuese su personal desolación, mejor dicho, nadie diferente a ese cuerpo desvariado y a punto de rendirse fatalmente, iba a protagonizar el nuevo sino trágico. El albur le había significado más que una jugada de suerte, un prejuicio, quizá una necesidad. De todo su penacho y de su alcurnia le quedaban solamente sus bigotes torcidos hacia arriba y un tantico de sus ínfulas, a manera de tic.

Perdida su vocación por los asuntos de una tal filosofía plena de optimismo, de energía, de aquel alarde de realización, parecía no tener otro remedio que regresar, ya muy entrado el albor, a su triste cabaña, al lugar en donde nadie le esperaba.

### — III —

Tosía, limpiaba los espejuelos con un pañuelo de cuadros anaranjados y colocaba sobre la cátedra un atado de fichas bibliográficas. La disertación, según decían, duraría no menos de dos horas y tres cuartos.

Los primeros giros fueron conducidos por una extrema solemnidad:

Verdaderamente hay que tener la cabeza en su puesto para no alterarse. Lo sucedido el día 27 en nada cambia nuestros presupuestos, ni siquiera reafirma las excepciones señaladas con respecto a la teoría que venimos estudiando. Pero vale la pena describir los hechos, como anécdotas, como trazos de una oculta dimensión estética. Unicamente la violencia es capaz de sacar a las vivencias humanas del fango, de la estúpida repetición de los vicios. A mí me produce malestar la quietud estéril de las reglas por medio de las cuales nos servimos para medir los largos períodos de la historia. La legalidad es una disculpa de los hombres ante sus minúsculos pecados, ante sus pequeñeces; y ante su inermidad para las grandes acciones, para el heroísmo. Pienso en lo extraordinario que resultaría para la especie humana la no presencia de esas directrices sofisticadas, la velación de todas las hipótesis de la ciencia que nos engañan y oprimen. Sería, quizá, un prolongado, un infinito día 27 haciendo la historia. Y, no obstante, lo mejor, lo más óptimo, no radicaría en este macro acontecimiento. Para alguien que ha tenido que soportar por tantos años la pedantería científica, en los libros, en las controversias, en los informes académicos, en los congresos y simposiums, lo satisfactorio estaría más bien en la esfumación de las caras mediocres de estos petimetres, echados hacia atrás con el airecillo de su cómoda importancia y su estudiada postura. El día 27 sería elocuente en la medida en que no llegásemos a la madrugada, cuando estos señores se levantan, se empolvan y se preparan para sentar tribuna hacia la tarde. ¡No oiríamos, de por Dios, la interminable bla-bla-bla de los espíritus gigantescamente mediocres! Habría una vuelta a la obscuridad, un paso por aquella edad media del hombre, cuando se vivió sin mayores defensas pero dentro de una paz próxima al sueño.

Un conglomerado de gentes, con casi cien luces encima de sus testas. Rictus militares, anchas caderas femeninas apoltronadas sobre duras tablas a cincuenta centímetros de la tierra y un lánguido ladrido de perro, no tan lejos, a no más de cinco cuabras del vórtice, precisamente a donde el tedio conferenciado ya no alcanzaba con su eco. Largo, difícil barullo aquel de consonantes, con su run-ru-neo "moderato", sin "movimiento finale". Un disco regresa viciosamente sobre la misma pitazón verbórea y acoge hiperbólica y solícitamente el ronquido de los asistentes. El hombrecillo de bastón y de ala de sombrero dando sombra sobre los cogotes de las viejas erizadas por las teorías vanales y las muestras de conversión y arrepentimiento del caballero iniciado del Santo Sepulcro, estrecho en su ignorancia, sarcástico en la nimiedad e incitado a la perplejidad por el lin-li-neo de la bombilla de la izquierda a medio prender.

Una risa nerviosa, recomenzada persistentemente, necesaria e incapaz de resistirse a no seguir. Oía la cháchara, soportaba la comedia. La neurosis terminaba allí, con la intermitencia de unas olas medio brillantes sobre los bajeles del paladar. Hacia abajo del conducto alimenticio el gran golfo de un océano trepidante, agobiado por las estultas rocas de la costa. Una corriente eléctrica nos apoderaba y azusaba la pestilente carne del colega, por contagio. Mimetizado por la abundante racha de palabras quería salvarse como el ahogado, en el pataleo y burbujeo y la lástima de los espectadores.

De los planetas de mi niñez aquel que mejor agraciaba en la poltrona de mis sueños era Neptuno. Se me ofrecía esotéricamente, tras la ocurrencia de que, cara a la tierra, ninguna otra fase diferente presentaba a la de un redondel terriblemente negro, en cuyo alrededor emergía una casi imperceptible aureola de luz. Precisamente, en Neptuno ocurrían los pasajeros cuentos descritos por mi tío abuelo, el solterón reumático que mantuvo su existencia supeditada a las alforjas de su sobrinato, quejándose en las tardes de sus achaques y justificándolos con alucinaciones infantiles, mientras la madre y las hermanas colocaban flores a los centenares de sombreros de fieltro.

Al parecer, yo era un jovenzuelo meditabundo, para quien las engatuzadoras leyendas del vejete resultaban estériles, por lo inocentonas y torpes. Mi niñez se laboró en una sazón diferente a la de mis contemporáneos, escaza de curiosidad y sospechas. Por eso, entonces, de lo rutinario de aquellos tiempos, de la gravedad en medio de mi parentela, de la larga y paciente espera hasta llegar a la adultez, en mis recuerdos queda apenas el lejano Neptuno, un recatado e inaprehensible astro, estelando en medio de la monotonía imaginaria.

Neptuno se fijó en mí, ciega e indestructiblemente; y hubiese persistido de no ser por el acontecimiento que desaparejó mi destino. Aún con-

servo la imagen de la palidez de las gentes que visitaron mi cuarto de hospital, los fruncidos ceños y el asombro común. Pero, para el caso, la perspectiva de una calma solo cobijó a quien, en tales momentos, su ángulo de visión no alcanzaba los treinta grados y su tirilante pupila recogía apenas el recortado paisaje allende la ventanita abierta del balcón; el cruce: de una vía arteria, los tejados rojos y desvanecidos por la lluvia y tres o cuatro chimeneas en línea quebrada hacia el infinito. Neptuno, ahora, trasega para mí elípticamente y se engarza endeblemente en la proa de mi duerme-vela; es, nada más que otra de las secuencias hipnagógicas de la indecible tortura, corriendo como un bípedo legendario y sacando el cuerpo como si lo estuviesen dentellando.

— VI —

Era al regazo de una cordillera cuya grandeza y majestuosidad opacaban al final de un cañoncete.

Ningún conquistador que la historia mencionase con orgullo había fundado la pequeña villa; la que cobraría celebridad con el tiempo, a raíz de la propia desazón de sus pobladores convertida en hazaña revolucionaria por la incitación de un grito, de una "chispa", como generalmente es denominado el azar.

A su simiente, sin embargo, la literatura, espontáneamente, había adquirido un compromiso. Y parecía, entonces, brotar del nudo retorcido contra esa tierra el cúmulo de palabrejas llenas de heroísmo, rimadas al compás de un imprescindible diapason hímnico.

A la vertiente de la ciudadela nacería quien, por su consagración a las disciplinas mentales, aumentaría la importancia de la provincia. E, inclusive, los estamentos municipales lo disputarían insatisfechamente, pues su lugar de esparcimiento a la vida no había sido la plazoleta de las familias mejor clasificadas.

Jamás Cornelio Runcible —así era su nombre— estaría dispuesto a disipar la duda. Vanidoso, resentido social y olímpico con respecto a su pasado, no renunciaría a la holgura ganada por la fama para detener el ritmo habitual y sopesar en la pugna suscitada por la febricitante ridiculez de sus paisanos. Fuéronle enviadas, durante muchos años, miles de cartas que le rogaban su última palabra. Y él, botábalas al cesto, displaciente y egoístamente. "En fin de cuentas —pensaba para sus adentros— ¿que pueden importarme estas gentes anónimas, sin ningún gusto estético por la existencia y sin espiritualidad; las que durante mi niñez solo me produjeron repugnancia?".

Había nacido sí, sobre cualquier peñasco, sin que por eso se cambiase en nada la dirección de su camino. Retraído y devoto, en el marasmo de sus abstracciones intelectuales, desobedecía la inaudita prescripción de la realidad. La obliteración instintiva entrababa más reciamente su índole personal que las mismas asentadizas estaciones por las que generalmente pasa todo organismo humano. Se podría decir que a Runcible lo constituían, desde su infancia, una larga repetición de actos sumados anárquicamente.

En varias ocasiones habíale entusiasmado la idea de llevar a cabo una larga aventura por el mar, como un acto de venganza calculado, como un retorno a lo natal, al paisaje abandonado por su abuelo no más de ochenta años atrás. Punzado por la picazón —y porque su herencia no asentaba definitivamente en esa patria infeliz— deseaba partir en una mañana de septiembre, desde las apacibles costas del sur, sin que a nadie le llegase la noticia.

— VII —

Cuantas veces le sonreía a la realidad, esta veníasele insólitamente y reprimíale.

Las represiones deformaron su naturaleza y lo proveyeron como a un ser esencialmente indócil y en disposición permanente para la rebelión. Por su aspecto exterior dejaba la impresión de ser un catecúmeno, una alma cicatrizada en tantas refriegas y al borde de enardecerse por cualquier acto de injusticia o por otras ventoleras del mundo. Era limitado para el armisticio y pendenciero. Pero dábale, por pascua de resurrección, por ejercer la benevolencia.

Era difícil reconocerlo en ese retraimiento de sí mismo, impávido como un reloj a quien la soltura de la cuerda le ha cesado su movimiento. Se convertía en un personaje de la tosca caridad cristiana y se le veía por las calles penitente y austero. Tal como él mismo se lo repetía interiormente, lo hacía para perdonar con el silencio la miseria moral de su ambiente. Era su Dó de pecho frente a la obscena conjunción de las cosas.

Pronto volvía a la cotidianidad y se desocultaba su simple individualidad, irascible e inquieta; volvía a despertar a la urbe saturada de molondrismo. Las contumelias, los reproches de la sofisticación intelectual, las interminables burlas callejeras y el alarde snobista y tajante de la prensa —que miraba todo a través de sus lentes cicateros— se le urdían otra vez en su intimidad, para producirle rebotes en su trágica existencia.

En aquel fin de semana, lo mismo que siempre, nada extraordinario parecía intervenir en su vida. Iba, con su bastón al hombro, su sombrero de media pluma, sus anteojos diezochescos y su pipa, cuando...

— VIII —

¿Quién hubiese podido sondear el alma de la señorita Raquel, dentro del contexto de sus problemas sentimentales y en aquel permanente trance de histeria?

No era del caso examinar en su historial clínico, de tal suerte que lo fundamental estuviera en poder abordar al remanso invisible de la curiosidad. Por este medio no conseguiríamos sino entrar en una senda de laberíntico terror.

La señorita Raquel suscitaba grandes sospechas en la aldea de los labradores, de las tejedoras y de los novicios del convento levantado a solo una legua de distancia. Cuando todas las noches caminaba sobre sus tacones altos, cubierta su cara con la mantilla inglesa; cuando recorría las estrechas callejuelas y merodeaba tres y cuatro veces por el parque era siempre para echarse bajo la luz de la luna, casi imperceptible por la sombra del tamarindo. Boca arriba, dábale por recibir el flujo de la noche y por pensar que estaba embarazándose imaginariamente.

— IX —

Solo porque parecía exagerado mostrarse bajo el desaliño de sus ropas viejas, difícil de sustituírlas, resolvió no volver nunca más a los lugares habituales. Ahora acariciaba su modorra circularmente, en los vetustos cenáculos de las afueras citadinas. Entre los residentes apiñados, a primera vista, su presencia ocultaba un desequilibrio emocional, traducido en ciertos gestos ambiguos del rostro y en el caminar poco desenvuelto e intermitente. De un tanteo medianamente psicológico, quedaba la impresión de que este era un sujeto melancólico, predestinado a una locura de mayor grado. Su morbosidad crónica y su animosidad cerrarían luego las puertas a cualquier terapéutica médica. Trastornado, inclusive físicamente, perdería su dejo juvenil y sus camaradas de ordalías ya no lo reconocerían...